

ARREBATAR O AGRADECER

Introducción. Vamos reconociendo que nuestra vida es un complejo equilibrio entre actividades y pasividades. Hay días en que nos toca construir, proponer, diseñar. Poner todo nuestro empeño y energías en lograr lo que nos hemos propuesto como objetivo de la jornada. Y hay otros en que la mayor parte del día sólo podemos acoger las circunstancias que nos vienen dadas, sin casi decidir, solo recibiendo la vida tal y como nos llega. Y ese equilibrio a veces cuesta. Si me empeño, si me decido a alcanzar los objetivos que me he marcado y luego las circunstancias no permiten alcanzarlos, una gran frustración y decepción nos arrebatan la alegría. En cambio, si soy excesivamente pasivo y me cruzo de brazos ante las decisiones, con la confianza de que las cosas llegan y se arreglan por sí solas, es cierto que también se nos escapa la vida sin dar pasos en el camino del crecimiento y de la alegría compartida. Por eso es importante fijar nuestra mirada en Jesús, y aprender de Él, que es al mismo tiempo manso y humilde de corazón y activo en el buscar, en el llamar, el pedir, en el encontrar y obedecer.

Lo que Dios nos dice. *“¿De dónde nacen vuestras peleas y contiendas, sino de vuestro afán de placeres que batalla en vuestros miembros? Codiciáis y no obtenéis; asesináis y envidiáis, y no lo conseguís; peleáis y lucháis, y no alcanzáis porque no pedís. O, si pedís, no lo obtenéis porque pedís mal, para gastar en vuestros placeres. Ahora vamos con los que hablan así: Mañana o al otro iremos a tal ciudad, pasaremos allí un año, haremos negocios y ganaremos dinero. ¿Qué sabéis del mañana?, ¿qué es vuestra vida? Sois una niebla que aparece un rato y enseguida desaparece. Deberíais decir más bien: si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello. En cambio, ahora os gloriáis alardeando. Y toda jactancia semejante es mala. Quien sabe hacer el bien y no lo hace es culpable.”* Stgo 4,1-3;13-16.

Muchas de nuestras tristezas y de nuestros enfados se fundan en unas expectativas altas que nos hemos hecho sobre como ocurrirían los acontecimientos que hemos pensados. Somos mucho de hacer planes, de diseñar proyectos y cuando las cosas no salen como uno imagina, aparece la frustración. Tenemos facilidad para «visualizar», para tener ensoñaciones en las que todo sale bien, hay triunfo, hay éxito. Pero demasiadas veces entre lo que imaginamos y lo que en realidad ocurre hay un abismo. Se nos propone vivir con la responsabilidad de poner de nuestra parte todo lo que podamos para que las cosas funcionen. Pero el resultado no siempre depende de nosotros. Vivir la tolerancia al fracaso, con paciencia, con confianza, sabiendo que lo que ocurre puede que sea lo que en realidad nos conviene para crecer en humildad y con la seguridad de estar acompañados también en la derrota. Hay violencia cuando me empeño en que las cosas sean como yo las pienso. Porque hay multitud de variantes y de posibilidades en cada situación de la vida. Yo no agoto las posibilidades de que las cosas sean de una determinada manera. Por eso tenemos que estar siempre abiertos al cambio, a lo imprevisible.

“Los apóstoles se reunieron con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. Él les dijo: Vosotros venid aparte, a un paraje despoblado, a descansar un rato. Pues los que iban y venían eran tantos, que no les quedaba tiempo ni para comer. Así que se fueron solos en barca a un paraje despoblado. Pero muchos los vieron marcharse y se dieron cuenta. De todos los poblados fueron corriendo a pie hasta allá y se les adelantaron. Al desembarcar, vio un gran gentío y se compadeció, porque eran como ovejas sin pastor. Y se puso a enseñarles muchas cosas. Como se hacía tarde, los discípulos fueron a decirle: El lugar es despoblado y la hora está avanzada, despídelos para que vayan a los campos y a las aldeas vecinas a comprar algo para comer. Él les respondió: Dadles vosotros de comer. Replicaron: Tendríamos que comprar pan por doscientos denarios para darles de comer.” Mc 6,30-36.

Una cosa era lo que quería Jesús: tener un tiempo de reposo, tranquilo, al lado de sus discípulos. Otra cosa es la realidad a la que se enfrentaban: una multitud sedienta de oír la palabra de Dios. Ahí se disparan las alarmas, la tensión, la protesta y la queja, la exigencia de que se cumpla lo que habían planeado. Pero Jesús actúa de un manera diferente, acoge la realidad, activa el principio de compasión, que tanto nos falta a nosotros y abraza de corazón la realidad que intenta asumir, que intenta amar. No se empeña en seguir defendiendo su posición, sino que es capaz de moldearse, de acoger lo nuevo. Invita a los apóstoles a entrar en esa generosidad que sabe a Dios. Dios es el que es capaz de modificar sus decisiones, por amor, y se adapta a la respuesta libre de los hombres.

“En el mundo estaba, el mundo existió por ella, y el mundo no la reconoció. Vino a los suyos, y los suyos no la acogieron. Pero a los que la acogieron, a los que creen en ella, los hizo capaces de ser hijos de Dios: quienes no han nacido de la sangre ni del deseo de la carne, ni del deseo del varón, sino de Dios. La Palabra se hizo hombre y acampó entre nosotros. Y nosotros contemplamos su gloria, gloria como de Hijo único del Padre, lleno de lealtad y fidelidad.” Jn 1,10-14.

Dios acercó a su Hijo a lo máximo que los hombres le dejaron, se hizo carne por nosotros, pero muchos no le abrieron las puertas de su corazón. Esto sigue pasando hoy. Pero en vez de activar el rechazo, la condena, la decepción, Dios nos sigue llamando, a quien le abre las puertas le invita a recorrer una historia de amor.

Como podemos vivirlo. Se nos invita a mirar la realidad como un regalo, cada día como una hoja en blanco en la que poder escribir los pasos que damos al lado de los de Dios. Buscar con sinceridad lo que pedimos en el Padrenuestro, **“hacer tu voluntad”**, que va mucho más allá de nuestros intereses, gustos, planes, o comodidades. Hay que confiar plenamente que cuando las cosas ocurren siempre se convierten en la oportunidad de abrazar su voluntad. El rechazo, la huida, alejarnos de lo difícil no nos hará crecer. Abrazar lo real, aunque cueste, es el camino del crecimiento real en el amor.